Cada día, la juventud espera, espera su oportunidad como la esperan los obreros, incluso los viejos. Esperan todos, aquellos que están descontentos y que reflexionan. Esperan que se levante una fuerza, algo de lo que formar parte, una suerte de nueva internacional, que no cometa los errores de las antiguas. La posibilidad de acabar de una vez por todas con el pasado.
Y que comience algo nuevo.

NOSOTROS HEMOS COMENZADO.

El llamamiento que precede a *La insurrección que llega* **(2004)**

ILL WILL EDITIONS • ill-will-editions.tumblr.com



Llamamiento

LLAMAMIENTO

En 2003, el Llamamiento *irrumpió en eso que algunos jamás han tenido vergüenza en denominar los "medios politizados". De ese pequeño libro marrón, sin mención de autor ni de edición, se lanzaron varios miles de ejemplares. Se puso mucho cuidado en que no circulase por los canales comerciales sino que se propagase a partir de espacios políticos y de mano en mano. No por un deseo de alimentar la fanfarronería del precio libre y de la sub-cultura, sino para que el texto coincidiese con un gesto; y para que cualquier lector pudiese responder al llamamiento. Si la difusión de este libro respondió a la necesidad de volver a plantear la cuestión de una estrategia revolucionaria victoriosa, al mismo tiempo suponía un medio de* construir el partido *aquí y ahora. Es únicamente bajo esta perspectiva que las difusiones alemana, portuguesa, inglesa, griega y ahora española, cobran sentido.*

"Cada día, la juventud espera, espera su oportunidad como la esperan los obreros, incluso los viejos. Esperan todos, aquellos que están descontentos y que reflexionan. Esperan que se levante una fuerza, algo de lo que formar parte, una suerte de nueva internacional, que no cometa los errores de las antiguas. La posibilidad de acabar de una vez por todas con el pasado.
Y que comience algo nuevo.

NOSOTROS HEMOS COMENZADO."

Queda apostar por la existencia de otra posibilidad, un delgado filo, pero suficiente para que podamos caminar por él, suficiente para que *todos aquellos que escuchen* puedan caminar y vivir en él.

Proposición I

Nada falta al triunfo de la civilización.
Ni el terror político ni la miseria afectiva.
Ni la esterilidad universal.
El desierto ya no puede crecer más: está en todas partes.
Pero aún puede profundizarse.
Frente a la evidencia de la catástrofe, están los que se indignan y los que toman nota, los que denuncian y los que se organizan.
Estamos del lado de los que se organizan.

experimentaciones y chequear las hipótesis *compatibles* con el mantenimiento del orden dominante. Por el contrario, nuestro modo de arruinar el orden imperial pasa por la apertura de espacios disponibles para las experimentaciones antagonistas. De la existencia de tales espacios desocupados depende que las experimentaciones puedan dar a luz sus mundos conexos, así como depende de la pluralidad de estos mundos que se exprese la conflictividad oculta de las prácticas científicas.

Se trata de que los practicantes de la vieja medicina mecanicista y pasteuriana se unan a los que practican las medicinas "tradicionales", prescindiendo de cualquier extravío *new age*. Que deje de confundirse el compromiso con la investigación y la defensa judicial de la integridad de los laboratorios. Que las prácticas agrícolas no productivistas se desarrollen al margen del coto cerrado de las etiquetas bio. Que sean cada vez más numerosos los que experimenten el carácter irrespirable de las contradicciones de "la educación nacional", entre defensa de la República y taller de auto-empresarialidad difusa. Que la "cultura" no pueda enorgullecerse de la colaboración de un solo inventor de formas.

En todas partes hay alianzas posibles.

La perspectiva de quebrar los circuitos capitalistas exige, para ser efectiva, que las secesiones se multipliquen,

y que se agreguen.

SE nos dirá: estáis atrapados en una alternativa que, de un modo u otro, os condena: o bien lográis convertiros en una amenaza para el imperio y, en ese caso, seréis rápidamente eliminados; o bien no lográis constituir tal amenaza y, una vez más, os destruiréis a vosotros mismos.

lo básico y muy respetuosa de las reglas de cortesía. Esa fue de hecho la mayor operación política ligada a la existencia de las ciencias: velar los desgarros internos y ejercer, a partir de esta imagen aplanada, efectos de terror sin igual. Terror hacia afuera, como privación del estatuto de discurso de verdad para todo aquello que no se reconoce como científico. Terror hacia dentro, como descalificación refinada, feroz, de las potenciales herejías. "Estimado colega..."

Cada ciencia pone en marcha un conjunto de hipótesis; estas hipótesis son *decisiones* en tanto que construyen realidad. Hoy en día esto es ampliamente aceptado. Lo que se niega es la *significación ética* de cada una de estas decisiones, cómo cada una de ellas implica una cierta forma de vida, un cierto modo de percibir el mundo (por ejemplo, experimentar el tiempo existencial como despliegue de un "programa genético" o la alegría como un asunto de serotonina).

Así, los juegos de lenguaje científicos no parecen construidos para establecer una comunicación entre aquellos que los usan, sino para excluir a quienes los ignoran. Los agenciamientos materiales, estancos, en los que se inserta la actividad científica –laboratorios, coloquios, etc.– llevan en sí mismos el divorcio entre las experimentaciones y los mundos que estas podrían configurar. No basta con describir de qué modo las investigaciones llamadas "fundamentales" están siempre conectadas de algún modo con los flujos militares y empresariales, y cómo, recíprocamente, estos contribuyen a definir sus contenidos, las mismas orientaciones de la investigación. La manera que tienen las ciencias de participar en la pacificación imperial pasa sobre todo por desarrollar solamente las

Escolio

Esto es un llamamiento. Es decir que se dirige a los que lo escuchan. No haremos el esfuerzo de demostrar, de argumentar, de *convencer*. Iremos a la evidencia.

La evidencia no es una cuestión de lógica, ni de razonamiento.

Está del lado de lo sensible, del lado de los mundos.

Cada mundo tiene sus evidencias.

La evidencia es lo que se comparte
o lo que *parte*.

A través de lo cual toda comunicación vuelve a ser nuevamente posible, no está ya postulada, sino que debe construirse.

Y eso, esa red de evidencias que nos constituye, SE nos enseñó tan bien a ponerla en entredicho, a esquivarla, a silenciarla, a guardarla para nosotros. SE nos enseñó tan bien que todas las palabras faltan cuando queremos gritar.

En cuanto al orden bajo el cual vivimos, cada uno sabe a qué atenerse: el imperio salta a la vista.

Que un régimen social agonizante no tenga más justificación para su arbitrariedad que su absurda determinación –su determinación senil– de, simplemente, *durar*;

Que la policía, mundial o nacional, haya recibido carta blanca para poner en su lugar a los que se salgan de la raya;

Que la civilización, herida de muerte, no encuentre en ninguna parte, en la guerra permanente a la que se ha lanzado, más que sus propios límites;

Que esta fuga hacia adelante, ya casi centenaria, no produzca más que una serie ininterrumpida de desastres cada vez más próximos;

Que la masa humana se acomode a golpe de mentiras, de cinismo, de embrutecimiento o de pastillas, a este orden de cosas,

nadie puede pretender ignorarlo.

Y el deporte que consiste en describir interminablemente, con una complacencia variable, el desastre presente, no es más que otro modo de decir: "Es así"; el premio a la infamia les corresponde a los periodistas, a todos aquellos que, cada mañana, hacen como si descubriesen de nuevo las inmundicias que constataron el día anterior.

Pero lo sorprendente, a estas alturas, no son las arrogancias del imperio sino más bien la debilidad del contraataque. Es como una colosal parálisis. Una parálisis masiva, que cuando aún habla dice tanto que no se puede hacer nada al tiempo que admite, exasperada, que "hay tanto por hacer…", lo cual es lo mismo. Y al margen de esta parálisis, está el "hay que hacer algo, lo que sea" de los activistas.

Seattle, Praga, Génova, la lucha contra los Organismos Genéticamente Modificados o el movimiento de los parados; hemos tomado parte, hemos tomado *partido* en las luchas de los últimos años,

3. El imperio es manifiestamente contemporáneo a la constitución de dos *monopolios*: por un lado, el monopolio científico de las descripciones "objetivas" del mundo y de las técnicas de experimentación sobre este; por el otro, el monopolio religioso de las técnicas de sí, de los métodos por los cuales se elaboran subjetividades -monopolio del que depende directamente la práctica psicoanalítica. De un lado una relación con el mundo depurada de toda relación con uno mismo –uno mismo como fragmento del mundo–, del otro una relación con uno mismo depurada de toda relación con el mundo –con el mundo en tanto que me atraviesa. Todo sucede entonces como si las ciencias y las religiones, en su mismo distanciarse, configurasen el espacio ideal donde el imperio es libre de moverse. Ciertamente, estos monopolios están muy diversamente distribuidos según las zonas del imperio. En las regiones llamadas desarrolladas, las ciencias constituyen un discurso de verdad al que se le reconoce el poder de dar forma a la existencia misma de la colectividad, precisamente ahí donde el discurso religioso ha perdido esta capacidad. Por lo tanto es allí donde debemos llevar la secesión en primer lugar.

Llevar la secesión a las ciencias no significa abalanzarse sobre ellas como si se tratasen de una fortaleza a conquistar o a arrasar, sino destacar las líneas de fractura que las recorren, tomar el partido de aquellos que acentúan estas líneas y que, por esto mismo, comienzan por no disfrazarlas. Porque del mismo modo que hay grietas trabajando permanentemente la falsa compacidad de lo social, cada rama de las ciencias forma un campo de batalla saturado de estrategias. Con el paso del tiempo la comunidad científica ha logrado construir en torno a sí misma la imagen de una gran familia unida, consensual en

Se trata, tal y como decimos, de organizarse en base a nuestras necesidades –de poder responder progresivamente a la cuestión colectiva de comer, dormir, pensar, amar, de crear formas, de coordinar nuestras fuerzas– *y de concebir todo esto como un momento de la guerra contra el imperio*.

Solamente así, habitando las mismas perturbaciones del programa, podremos enfrentarnos a ese "liberalismo económico" que no es más que la estricta consecuencia, la lógica puesta en funcionamiento, del liberalismo existencial aceptado en todas partes, practicado y considerado por cada uno como su derecho más elemental, incluidos aquellos que querrían desafiar al "neoliberalismo". Es así como se construirá el Partido, como una estela de *lugares habitables* dejados tras de sí por cada una de las situaciones de excepción con que tropieza el imperio. Nadie podrá dejar entonces de constatar cómo las subjetividades y los colectivos revolucionarios se vuelven más consistentes, a medida que se dan un mundo.

y ciertamente no del lado de Attac o de los *Tute Bianche*.

El folclore contestatario ha dejado de entretenernos.

En la última década, hemos visto al marxismo-leninismo recomenzar su aburrido monólogo en boca de estudiantes en edad escolar.

Hemos visto al anarquismo más puro rechazar *incluso* lo que no entiende.

Hemos visto al economicismo más plano –el de los amigos de *Le Monde Diplomatique*–[1] convertirse en la nueva religión popular. Y al negrismo imponerse como única alternativa al fracaso intelectual de la izquierda mundial.

En todos partes el militantismo se ha entregado de nuevo a rehacer sus construcciones tambaleantes,

sus redes depresivas,

hasta el agotamiento.

Han bastado tres años a policías, sindicatos y otras burocracias informales para dar cuenta del breve "movimiento anti-globalización". Para fragmentarlo. Dividirlo en "terrenos de lucha" tan rentables como estériles.

En este momento, de Davos a Porto Alegre, del Medef [patronal francesa] a la CNT, el capitalismo y el anticapitalismo adolecen de la misma ausencia de horizonte. La misma perspectiva mutilada de la *administración del desastre*.

Lo que se opone a la desolación dominante no es en definitiva más que otra desolación bastante menos provista. En todas partes la misma idea tonta de la felicidad. Los

1. Asociación de lectores de la revista mensual *Le Monde Diplomatique*, poseedora del 49% del capital total de la compañía. (N. del T.)

mismos juegos infectos de poder. La misma desarmante superficialidad. El mismo analfabetismo emocional. El mismo desierto.

Decimos que esta época es un desierto y que este desierto se profundiza sin cesar. Esto, por ejemplo, es una evidencia, no es poesía. Una evidencia que contiene muchas otras. En particular la ruptura con todo lo que protesta, todo lo que denuncia y glosa sobre el desastre.

Porque quien denuncia se exime.

Pareciera que los izquierdistas acumularan razones para rebelarse de la misma manera que el gerente acumula medios para dominar. Del mismo modo, es decir, *con la misma fruición*.

El desierto es el progresivo despoblamiento del mundo.

La costumbre que hemos adquirido de vivir *como si* no estuviésemos en el mundo. El desierto se encuentra tanto en la proletarización continua, masiva y programada de las poblaciones, como en los barrios residenciales californianos, ahí donde la angustia consiste justamente en el hecho de que nadie *parece* sentirla.

Que el desierto de la época no sea percibido verifica aún más ese desierto.

Algunos han tratado de nombrar el desierto. De designar lo que hay que combatir no como la acción de un agente extranjero, sino como un conjunto de relaciones. Han hablado de espectáculo, de biopoder, de imperio. Pero también eso se ha sumado a la confusión reinante.

El espectáculo no es una cómoda síntesis del sistema de los mass-media. Consiste también en la crueldad con la que todo nos remite sin tregua a nuestra propia *imagen*.

organizándonos desde el principio en base a nuestras necesidades, de hacer durar, de propagar, de hacer efectiva la situación de excepción, esa misma sobre cuyo terror se funda el poder imperial. La ignorancia de esta ambivalencia de la situación de excepción por parte de los movimientos sociales sorprende particularmente. La expresión misma "movimiento social" parece sugerir que lo que importa realmente es hacia dónde se va y no lo que ocurre mientras tanto. Se da en todos los movimientos sociales actuales el compromiso tácito de no tomar en consideración aquello en lo que consisten, lo cual explica el hecho de que se sucedan los unos a los otros, no sólo sin agregarse nunca, sino más bien empeñados en distanciarse entre sí. De ahí la textura particular, tan volátil, de la sociabilidad de movimiento, donde cualquier compromiso parece tan fácilmente revocable. De ahí también su invariable dramaturgia: un rápido vuelo debido a la resonancia mediática y después, a partir de esta agregación temprana, el lento e inexorable deterioro; y finalmente, agotado el movimiento, el último reducto de irreductibles acaban por afiliarse a tal o cual sindicato, fundan tal o cual asociación, esperando así encontrar una continuidad organizativa a su compromiso. No es esa la continuidad que nosotros buscamos: el hecho de disponer de locales donde reunirnos o de una fotocopiadora para octavillas. La continuidad que buscamos es la que nos permita, después de haber luchado durante meses, no volver a trabajar, no volver a retomar el trabajo *como antes*, continuar provocando daños. Y esa continuidad solamente podemos construirla en la duración de los movimientos. Es una cuestión de puesta en común inmediata, material, de construcción de una verdadera máquina de guerra revolucionaria, de construcción del Partido.

2. De año en año crece la presión para que todo *funcione*. A medida que progresa la cibernetización social, se vuelve más imperioso volver a la situación de normalidad. Y en base a esta lógica se multiplican las situaciones de crisis, los disfuncionamientos. Un corte del fluido eléctrico, un verano demasiado caluroso o un movimiento social no se diferencian desde el punto de vista del imperio. Son perturbaciones. Hay que *gestionarlas*. Por ahora, es decir *a causa de nuestra debilidad*, estas situaciones de interrupción se presentan como tantos momentos en los que el imperio sobreviene, se inscribe en la materialidad de los mundos, experimenta nuevos procedimientos. Es ahí, sobretodo, donde constriñe con más fuerza a las poblaciones que pretende socorrer. El imperio pasa en todas partes por ser el agente que nos devuelve a la situación normal. Nuestra tarea, por el contrario, es la de *convertir en habitable la situación de excepción*. No conseguiremos "bloquear la sociedad-empresa" verdaderamente, si no somos capaces de poblar ese bloqueo con otros deseos distintos a volver a la normalidad.

En cierto sentido, lo que se produce en una huelga o en una "catástrofe natural" es muy parecido. Una interrupción interviene en la regulación organizada de nuestras dependencias. Entonces se muestra desnudo, en cada uno de nosotros, el ser de nuestras necesidades, el ser comunista, lo que nos vincula esencialmente y lo que en esencia nos separa. Cae el velo de vergüenza con el que cubrimos habitualmente todo esto. La disponibilidad al encuentro, a la experimentación de otras relaciones con el mundo, con los otros, con uno mismo, tal como entonces se manifiesta, basta para barrer cualquier duda con respecto a la *posibilidad* del comunismo. Y también en lo que hace a su necesidad. Lo que se requiere aquí es nuestra capacidad de auto-organización, nuestra capacidad,

El biopoder no es un sinónimo de Seguridad Social, de Estado del bienestar o de industria farmacéutica, sino que se aloja gustosamente en la atención que prodigamos a nuestro cuerpo como algo precioso, en medio de una cierta extrañeza *física* tanto de uno mismo como de los otros.

El imperio no es una especie de entidad supra-terrestre, una conspiración planetaria de gobiernos, de redes financieras, de tecnócratas y de multinacionales. El imperio está allí donde *no pasa nada*. En cualquier sitio donde *esto funciona*. Ahí donde reina *la situación normal*.

A fuerza de ver al enemigo como un sujeto que nos hace frente –en vez de *experimentarlo* como una relación que nos *sostiene*–, uno se encierra en la lucha contra el encierro. Se reproduce, bajo el pretexto de "alternativa", la peor de las relaciones dominantes. La lucha contra la mercancía se convierte en un producto. Nacen las autoridades de la lucha anti-autoritaria, el feminismo con cojones y las cacerías antifascistas[2].

Formamos parte, en todo momento, de una situación. En su seno, no hay sujetos y objetos, yo y los otros, mis aspiraciones y la realidad, sino el conjunto de las relaciones, el conjunto de los flujos que la atraviesan.

Hay un contexto general –el capitalismo, la civilización, el imperio, lo que se quiera–, un contexto general que no sólo pretende controlar cada situación sino que, peor aún, intenta que por lo general *no haya situación*. SE han ordenado calles y

2. En francés, en el original, "*ratonnade*". Palabra utilizada para definir la cacería policial o militar de argelinos (ratones o ratillas en el vocabulario racista) cuando Argelia era aún colonia francesa. (N. del T.)

casas, el lenguaje y los afectos, y aún el *tempo* mundial que todo eso implica, *con ese único fin*. SE actúa por todas partes de modo que los mundos se deslicen unos sobre otros o se ignoren. La "situación normal" es esta ausencia de situación.

Organizarse quiere decir: partir de la situación y no recusarla. Tomar partido *en su seno*. Y tejer las solidaridades necesarias, materiales, afectivas, políticas. Es lo que sucede en cualquier huelga en cualquier oficina, en cualquier fábrica. Es lo que hace cualquier banda. Cualquier guerrilla. Cualquier partido revolucionario o contrarrevolucionario.

Organizarse quiere decir: dar consistencia a la situación. Tornarla real, tangible.

La realidad no es capitalista.

La posición tomada en el seno de una situación determina la necesidad de aliarse y, por ello, de establecer ciertas líneas de comunicación, circulaciones más amplias. A su vez, esos nuevos vínculos reconfiguran la situación. A la situación que nos ha sido dada, la llamaremos "guerra civil mundial". Donde ya nada puede limitar el enfrentamiento de las fuerzas presentes. Ni siquiera el Derecho, que participa del juego como otra forma del enfrentamiento generalizado.

El NOSOTROS que se expresa aquí no es un NOSOTROS delimitable, aislado, el NOSOTROS de un grupo. Es el NOSOTROS *de una posición*. Esta posición se afirma hoy como una doble secesión: por un lado, secesión en relación al proceso de valorización capitalista, y por otro, secesión con respecto a todo lo que la simple *oposición* al imperio, aún extraparlamentaria, impone de esterilidad; secesión, por consiguiente, de la izquierda. Aquí "secesión" no indica tanto el rechazo práctico de comunicar como una disposición a for-

el Estado no tendría los medios ni el tiempo necesario para lograr las obras que pueden evitar la explosión de nuestra sociedad" (*Ganas de actuar – La guía del compromiso*).

Hoy, deshacer la izquierda, es decir *mantener constantemente abierto el canal de la desafección social*, no es solamente necesario sino posible. Somos testigos, cuando por otro lado se refuerzan a un ritmo acelerado las estructuras imperiales, del pasaje de la vieja izquierda trabajista, enterradora del movimiento obrero y surgida de él, a una nueva izquierda, mundial, *cultural*, de la que puede decirse que tiene al negrismo como punta de lanza. Esta nueva izquierda no termina de asentarse aún ante la reciente neutralización del "movimiento antiglobalización". Sus nuevos engaños son vistos como tales, mientras que los viejos ya no sirven.

Nuestra tarea es arruinar la izquierda mundial allí donde se manifieste, sabotear metódicamente, es decir, tanto en la teoría como en la práctica, cada uno de sus posibles momentos de constitución. En ese sentido, nuestro éxito en Génova no reside tanto en los espectaculares enfrentamientos con la policía o en los daños infligidos a los órganos del Estado y el Capital, como en el hecho de que la difusión de prácticas de confrontación propias al "Black Bloc" *en todos los bloques de la manifestación* torpedease la apoteosis anunciada por los *Tute Bianche*. Así como nuestro fracaso desde entonces se encuentra en no haber sabido elaborar nuestra posición de modo tal que esa victoria en la calle se convirtiese en algo más que en un simple espantajo agitado sistemáticamente por todos los movimientos llamados "pacifistas".

Es el actual repliegue de esta izquierda mundial en los foros sociales –repliegue debido a que *ha sido vencida en la calle*– lo que debemos atacar.

1. Periódicamente la izquierda es derrotada. Eso nos divierte pero no es suficiente. Su derrota, la queremos definitiva. Sin remedio. Que nunca jamás el espectro de una oposición conciliable revolotee en el espíritu de aquellos que *se saben* inadecuados al funcionamiento capitalista. La izquierda –y esto lo admite hoy en día todo el mundo, aunque ¿nos acordaremos de ello pasado mañana?– forma parte de los dispositivos de neutralización de la sociedad liberal. Cuanto más se verifica la implosión de lo social, más invoca la izquierda "la sociedad civil". Cuanto más actúa impune y arbitrariamente la policía, más se declara pacifista. Cuanto más se libera el Estado de las últimas formalidades jurídicas, más ciudadana se proclama. Cuanto más crece la urgencia de apropiación de los medios necesarios para nuestra existencia, más nos exhorta a esperar, a reclamar la mediación, incluso la protección, de nuestros amos. Es la izquierda la que nos prescribe hoy, frente a gobiernos que se sitúan *abiertamente* en el terreno de la guerra social, que nos convirtamos en sus interlocutores, que redactemos nuestras quejas, formulemos reivindicaciones, o estudiemos la economía política. De Léon Blum a Lula, la izquierda no ha sido más que eso: el partido del hombre, del ciudadano y de la civilización. Hoy, ese programa coincide íntegramente con el programa contrarrevolucionario: mantener en vigor el conjunto de ilusiones que nos paralizan. La vocación de la izquierda es expresar un sueño que solamente el imperio tiene los medios de alcanzar. Es la vertiente idealista de la modernización imperial, la válvula de escape necesaria al ritmo insoportable del capitalismo. Ya ni le hace ascos a escribirlo en las publicaciones del propio ministerio francés de la Juventud, Educación e Investigación: "En la actualidad cualquiera sabe que sin la ayuda concreta de los ciudadanos,

mas de comunicación de una intensidad tal que arrebaten al enemigo, ahí donde se establezcan, la mayor parte de sus fuerzas.

Para ser breves, diremos que una tal posición toma de los *Black Panthers* la fuerza de irrupción, de la autonomía alemana los comedores colectivos, de los neo-luditas ingleses las casas en los árboles y el arte del sabotaje, de las feministas radicales la elección de las palabras, de los autonomistas italianos las auto-reducciones de masa y del movimiento 2 de junio la alegría armada.

Para nosotros, no hay amistad que no sea política.

podría entonces ser enarbolado, a medida que avanza su incompleta pacificación, a la vez como espantajo y gigantesco afuera a civilizar. La experimentación salvaje de cohabitación zona por zona entre enclaves hostiles, tal como se desarrolla desde hace décadas en Israel, ofrecería el modelo de gestión de lo social por venir. No tenemos ninguna duda de que la verdadera razón de todo esto sea, para el Capital, reconstituir desde la base *su propia sociedad*. Sea cual sea su forma y el precio que haya que pagar.

Hemos visto en Argentina cómo el hundimiento económico de un país entero no ha sido, desde su punto de vista, demasiado costoso.

En este contexto, NOSOTROS somos aquellos, todos aquellos, que experimentan la necesidad *táctica* de las tres operaciones siguientes:

1. Impedir por todos los medios la recomposición de la izquierda.

2. Hacer progresar, de "catástrofe natural" en "movimiento social", el proceso de comunización, la construcción del Partido.

3. Llevar la secesión hasta los sectores vitales de la máquina imperial.

No hay espacio fuera de la situación. No hay afuera de la guerra civil mundial. Formamos irremediablemente parte de ella. Estamos irremediablemente atrapados *en ella*.

Todo lo que podemos hacer al respecto es elaborar, *en su interior*, una estrategia. Compartir un análisis de la situación y elaborar una estrategia. Es el único NOSOTROS posiblemente revolucionario, el NOSOTROS práctico, abierto y difuso de aquellos que operan en un mismo sentido.

En el momento en que escribimos esto, en agosto de 2003, podemos afirmar que nos enfrentamos a la mayor ofensiva del Capital de las últimas dos décadas. El antiterrorismo y la supresión de las últimas garantías conquistadas en otros tiempos por el difunto movimiento obrero dan el tono de la tentativa generalizada de meter en vereda a la población. Jamás los gestores de la sociedad han sabido tan bien como ahora de qué obstáculos se han librado y qué medios tienen a su disposición. Saben, por ejemplo, que la pequeña burguesía planetaria que ya puebla las metrópolis está suficientemente desarmada como para no ofrecer la menor resistencia a su aniquilamiento programado. Como también saben que su contrarrevolución se materializa en toneladas de cemento, incluyendo la arquitectura de tantas "nuevas ciudades". A largo plazo, parece que el plan del Capital es apartar, a escala global, un conjunto de zonas pacificadas y conectadas entre sí, donde el proceso de valorización capitalista abrazaría en un movimiento a la vez perpetuo e ininterrumpido todas las manifestaciones de la vida. Esta zona de confort imperial, ciudadano y desterritorializado, formaría una especie de continuum policial donde reinaría un nivel de control, tanto político como biométrico, casi constante. El "resto del mundo"

Proposición II

La inflación ilimitada del control responde sin esperanza de éxito alguno a los previsibles desmoronamientos del sistema.
Nada de lo que se expresa en la distribución conocida de las identidades políticas está en condiciones de ir más allá del desastre.
Para comenzar, nos desembarazamos de eso. No impugnamos nada, no reivindicamos nada. Nos constituimos en *fuerza*, en fuerza *material*, en fuerza material *autónoma* en el seno de la guerra civil mundial.
Este llamamiento enuncia sobre qué *bases*.

Escolio

"¿Pero qué queréis vosotros exactamente? ¿Qué proponéis VOSOTROS?"

Este tipo de preguntas pueden parecer inocentes. Pero lamentablemente no son preguntas. Son *operaciones*.

Remitir todo NOSOTROS que se expresa a un VOSOTROS extranjero es, de entrada, conjurar la amenaza de que ese NOSOTROS me interpele de algún modo, de que ese NOSOTROS *me atraviese*. En segundo lugar es constituir al *portador de un simple enunciado* –inasignable en sí mismo– en *propietario* de este. Porque en la organización metódica de la separación por ahora dominante, la circulación de los enunciados no es admitida si no pueden remitirse a un propietario, a un *autor*. Sin el cual correrían el riesgo de ser un poco *comunes*, y solamente aquello que enuncia el nosotros impersonal (SE) está autorizado a la difusión anónima.

Y luego, esas preguntas conllevan esta mistificación: que, atrapados en el curso de un mundo que nos desagrada, habría propuestas que hacer, alternativas a encontrar. Que uno podría, dicho de otro modo, sustraerse a la situación en la que se ve inmerso para evaluarla de modo desapasionado, entre gente razonable.

Escolio

Aquí, se experimentan armas inéditas para dispersar a las multitudes, una especie de granadas de fragmentación pero de madera. Allí –en Oregón–, se propone castigar con veinticinco años de cárcel a todo manifestante que bloquee el tráfico automovilístico. El ejercito israelí está convirtiéndose en el consultor más competente en pacificación urbana; los expertos del mundo entero se maravillan de sus últimos hallazgos, tan temibles y tan sutiles, en materia de eliminación de subversivos. El arte de herir –herir a uno para amedrentar a cien– alcanza aquí el no va más. Y luego está el "terrorismo", por supuesto. O sea, "toda infracción cometida intencionadamente por un individuo o un grupo contra uno o varios países, sus instituciones o sus poblaciones, y que apunte a amenazarlos y perjudique gravemente o destruya las estructuras políticas, económicas o sociales de un país". Es la Comisión Europea la que habla. En los Estados Unidos hay más presos que campesinos.

A medida que es rediseñado y progresivamente recuperado, el espacio público se cubre de cámaras. No se trata sólo de que en lo sucesivo toda vigilancia parece posible, sino

sobre todo de que parece *admisible*. Todo tipo de listas de "sospechosos", de las que ni siquiera se adivinan sus usos probables, circula de administración en administración. Las escuadras de todas las milicias, con la policía jugando el papel de garante arcaico, toman posiciones reemplazando a soplones y mirones, figuras de otra época. Un ex jefe de la CIA, una de esas personas que, *en el lado contrario*, se organizan en lugar de indignarse, escribe en *Le Monde*: "Más que una guerra contra el terrorismo, la apuesta es extender la democracia a las partes del mundo [árabe y musulmán] que amenazan la civilización liberal, en cuya construcción y defensa hemos trabajado durante todo el siglo XX, durante la primera y la segunda guerras mundiales, y durante la guerra fría o tercera guerra mundial."

En todo eso no hay nada de lo que asombrarse, nada que nos coja desprevenidos o que altere radicalmente nuestro sentimiento de la vida. Hemos nacido *en* la catástrofe y hemos establecido con ella una extraña y apacible relación de costumbre. Una intimidad, casi. Hasta donde nos alcanza el recuerdo, no ha habido otra actualidad que la de la guerra civil mundial. Hemos sido educados como supervivientes, como *máquinas de supervivencia*. SE nos ha formado en la idea de que la vida consiste en avanzar, avanzar hasta derrumbarse en medio de otros cuerpos que marchan idénticamente, que tropiezan y se derrumban, a su vez, en la indiferencia. Como mucho, la única novedad de la época presente es que nada de todo esto puede ya ocultarse, que en cierto sentido *todo el mundo lo sabe*. De ahí el reciente endurecimiento, tan evidente, del sistema: sus resortes están al desnudo y no serviría de nada querer escamotearlos.

Proposición VII

El comunismo es posible en todo momento.
Lo que llamamos "Historia" no es al día de hoy más que el conjunto de tergiversaciones inventadas por los humanos para conjurarlo. El hecho de que esta "Historia" consista, desde hace más de un siglo, en una variada acumulación de desastres, y solamente en eso, nos habla de que la cuestión comunista ya no puede suspenderse más. Es esta suspensión la que debemos, a su vez, suspender.

Muchos se asombran de que ninguna fracción de la izquierda o de la extrema izquierda, de que ninguna de las fuerzas políticas conocidas sea capaz de oponerse a este curso de las cosas. "¿Sin embargo estamos en democracia, no?". Y pueden asombrarse para rato: nada de lo que se expresa en el marco de la política clásica podrá jamás detener el avance del desierto,

ya que la política clásica *es parte del desierto*.

Cuando decimos esto, no es para preconizar una política extra-parlamentaria como antídoto a la democracia liberal. El famoso manifiesto "Somos la izquierda", firmado hace unos años por todos los colectivos ciudadanos y "movimientos sociales" franceses, enuncia suficientemente la lógica que, desde hace treinta años, anima la política extra-parlamentaria: no queremos tomar el poder, derribar el Estado, etc.; *luego*, queremos ser reconocidos por él como interlocutores.

Allí donde reina la concepción clásica de la política, reina la misma impotencia frente al desastre. Que esta impotencia sea modulada por una amplia distribución de identidades finalmente *conciliables* no cambia nada. El anarquista de la Fédération Anarchiste (FA), el comunista de los consejos, el trotskista de Attac y el diputado de la UMP [derecha francesa] parten de una misma amputación. Propagan el mismo desierto.

La política, para ellos, es lo que se juega, se dice, se hace y se decide entre los hombres. La asamblea, que los reúne a todos, que reúne a todos los humanos *haciendo abstracción de sus mundos respectivos*, conforma la circunstancia política ideal. La economía, la esfera de la economía, deriva lógicamente de ello: como necesaria e imposible gestión de todo lo que dejamos en la puerta de la asamblea, de todo lo que ha sido cons-

tituido de ese modo como no-político y convertido luego en familia, empresa, vida privada, pasatiempos, pasiones, cultura, etc.

Es así cómo la definición clásica de la política propaga el desierto: abstrayendo a los humanos de su mundo, separándolos de la red de cosas, de costumbres, de palabras, de fetiches, de afectos, de lugares y de solidaridades que conforman su mundo. Su mundo sensible. Y aquello que les otorga su consistencia propia.

La política clásica es la gloriosa puesta en escena de los cuerpos sin mundo. Pero la asamblea teatral de las individualidades políticas disimula mal el desierto que es. No hay sociedad humana separada del resto de los seres. Hay una pluralidad de mundos. Mundos que son aún más reales en tanto que son compartidos. Y que coexisten.

La política, en verdad, es el juego entre los diferentes mundos, la alianza entre aquellos que son compatibles y el enfrentamiento entre los irreconciliables.

Y añadimos que el hecho político central de estos últimos treinta años ha pasado desapercibido. Porque se ha desarrollado en una capa de lo real tan profunda que no puede llamarse "política" sin ocasionar una revolución en la noción misma de política. Porque a fin de cuentas, esta capa de lo real es aquella donde se elabora la partición entre lo que se admite como real y el resto. Este hecho central es el triunfo del liberalismo existencial. El hecho de que se admita en lo sucesivo como natural una relación con el mundo basada en la idea según la cual cada uno *tiene su vida*. Que esta consiste en una serie de elecciones, buenas o malas. Que cada uno se

construcción o de ofensiva, si el hecho de alcanzar una cierta autonomía alimentaria o médica constituye un acto de guerra o de sustracción. Hay circunstancias, como un motín, en las cuales el hecho de poder curarse entre camaradas aumenta considerablemente la capacidad de ataque. ¿Quién puede decir que armarse no forma parte de la constitución material de una colectividad? Allí donde hay entendimiento acerca de una estrategia común, no se da elección entre ofensiva y construcción; se da, en cada situación, la evidencia de lo que aumenta nuestra potencia y lo que la reduce, de lo que es oportuno y lo que no lo es. Y allí donde esta evidencia se echa en falta hay discusión y, en el peor de los casos, apuesta.

En general, no vemos cómo algo distinto a una fuerza, una realidad apta para *sobrevivir* a la dislocación total del capitalismo, puede verdaderamente atacarlo hasta lograr, precisamente, esta dislocación.

De lo que se tratará, cuando llegue el momento, es de hacer girar a nuestro favor el hundimiento social generalizado, transformar un derrumbe del tipo argentino o soviético en situación revolucionaria. Aquellos que pretenden separar autonomía material y sabotaje de la máquina imperial expresan suficientemente bien que no quieren ni una cosa ni la otra.

No es ninguna objeción contra el comunismo el hecho de que la experimentación más formidable de la comunización en el periodo reciente la haya producido el movimiento anarquista español entre 1868 y 1939.

significa desbaratar entre nosotros cualquier forma de valorización, cuidarnos de no separar afecto y cooperación.

Estar atentos a los mundos, a su configuración sensible, implica muy especialmente imposibilitar el aislamiento de algo así como una "relación de producción".

En los lugares que abrimos, en torno a los medios que compartimos, esta es la gracia que buscamos, que experimentamos.

Para nombrar esta experiencia, a menudo se oye de nuevo en Francia la palabra "gratuidad". Más que de gratuidad nosotros preferimos hablar de comunismo porque no olvidamos lo que la *práctica* de la gratuidad implica de organización y, a corto plazo, de antagonismo político.

Por otro lado, la construcción del Partido, en su aspecto más visible, consiste para nosotros en la puesta en común, en la *comunización* de aquello de lo que disponemos. Poner en común un lugar quiere decir: liberar su uso y, sobre la base de esta liberación, experimentar relaciones delicadas, intensificadas, complejizadas. Si la propiedad privada es esencialmente el poder discrecional de privar a cualquiera del uso de la cosa que se posee, la puesta en común es poder privar del uso de lo que sea sólo a los agentes del imperio.

Desde todos lados se nos chantajea con la elección entre la ofensiva y la construcción, la negatividad y la positividad, la vida y la supervivencia, la guerra y la cotidianidad. No responderemos. Sabemos demasiado acerca de cómo estas alternativas dividen primero y escinden después a los colectivos existentes. Para una fuerza que se despliega, es imposible decir si la destrucción de un dispositivo que la perjudica es asunto de

define por un conjunto de cualidades, de *propiedades*, que hacen de él, según una ponderación variable, un ser único e irremplazable. Que el *contrato* sintetiza adecuadamente el compromiso de los seres entre sí, y el *respeto*, toda virtud. Que el lenguaje no es más que un *medio* para hacerse entender. Que cada uno es un mi-yo entre los otros mi-yo. Que el mundo está en realidad compuesto de cosas a gestionar y de un océano de mi-yoes. Que estos últimos tienen, por otra parte, la enojosa tendencia a transformarse en cosas a fuerza de dejarse gestionar.

Por supuesto, el cinismo sólo es uno de los posibles rasgos del infinito cuadro clínico del liberalismo existencial: la depresión, la apatía, la deficiencia inmunitaria –todo sistema inmunitario es *de entrada* colectivo–, la mala fe, el hostigamiento judicial, la insatisfacción crónica, los vínculos negados, el aislamiento, las ilusiones ciudadanas o la pérdida de toda generosidad, también forman parte de este.

Finalmente, el liberalismo existencial ha sabido propagar tan bien su desierto que los más sinceros izquierdistas enuncian sus utopías usando sus mismos términos:

"Reconstruiremos una sociedad igualitaria en la que cada uno aporte su contribución y de la que cada uno reciba las satisfacciones que espera. [...] Por lo que hace a los deseos individuales, podría ser igualitario que cada uno consuma a la medida de los esfuerzos que esta dispuesto a aportar. Será necesario redefinir el modo de evaluación del esfuerzo hecho por cada uno", escriben los organizadores del "Village alternatif", anticapitalista y antiguerra, contra el G8 de Evian, en un texto titulado "¡Cuando hayamos abolido el capitalismo y el trabajo asalariado!". Aquí se halla una clave del triunfo del

imperio: lograr mantener en la sombra, rodear de silencio, *el terreno mismo* donde este maniobra, el plano sobre el cual libra la batalla decisiva: el diseño de lo sensible, el ajuste de las sensibilidades. De modo que paraliza preventivamente toda defensa en el mismo momento en el que opera, destruyendo incluso la idea de una contraofensiva. La victoria se consigue cada vez que el militante, al final de una dura jornada de "trabajo político", se desploma frente a una película de acción.

Cuando nos ven retirarnos de los penosos rituales de la política clásica –la asamblea general, la negociación, la contestación, la reivindicación–, cuando nos oyen hablar de mundo sensible más que de trabajo, de papeles, de jubilaciones o de libertad de circulación, los militantes nos miran con lástima. "Pobres, parecen decir, se están resignando a ser minoritarios, se encierran en su ghetto, renuncian a extenderse. No serán jamás un movimiento." Nosotros creemos exactamente lo contrario: son ellos los que se resignan a ser minoritarios, hablando su lenguaje de falsa objetividad, cuyo único valor es el de la repetición y la retórica. Nadie se engaña con respecto al disimulado desprecio con el que hablan de las preocupaciones de "la gente", lo que les permite ir del parado al sin papeles, del huelguista a la prostituta *sin jamás ponerse en juego*, porque este desprecio es una evidencia sensible. Su voluntad de "extenderse" es sólo una manera de huir de *los que ya están ahí*, de aquellos con los que, sobre todo, temerían vivir. Y finalmente, aquellos a los que les repugna admitir la significación política de la sensibilidad, son los más expuestos a los lamentables efectos de atracción de la *sensiblería*. Mirándolo bien, preferimos partir de núcleos densos y reducidos que de una red amplia y débil. Hemos *conocido* suficientemente esa cobardía.

cipios de nuestro compartir. Con el fin de que el último en llegar sea, como mínimo en eso, igual al primero.

Visto más de cerca, el Partido podría no ser más que lo siguiente: la constitución en fuerza de una sensibilidad. El despliegue de un archipiélago de mundos. ¿Qué sería, bajo el imperio, una fuerza política que careciese de sus granjas, sus escuelas, sus armas, sus medicinas, sus casas colectivas, sus mesas de montaje, sus imprentas, sus camionetas y sus cabezas de puente en las metrópolis? Nos parece cada vez más absurdo que algunos de entre nosotros se vean todavía obligados a trabajar para el Capital –fuera de las diversas tareas de infiltración, por supuesto.

De aquí viene la potencia ofensiva del Partido, que también es una potencia de producción, aún si en su seno las relaciones no son de producción *más que incidentalmente*.

El capitalismo ha consistido en la reducción en última instancia de todas las relaciones a relaciones de producción. De la empresa a la familia, el mismo consumo aparece como un episodio más de la producción general, de la producción *de sociedad*.

El derrocamiento del capitalismo vendrá de aquellos que consigan crear las condiciones para *otros tipos de relaciones*.

En esto el comunismo del que hablamos se opone, punto por punto, a lo que SE ha llamado "comunismo" y que no fue en gran medida más que socialismo, capitalismo monopolista de Estado.

El comunismo no consiste en la elaboración de *nuevas relaciones de producción, consiste más bien en su abolición*.

Que no tengamos con respecto a nuestro medio o entre nosotros relaciones de producción, significa no dejar que la búsqueda del resultado prime sobre la atención al proceso,

A la práctica del comunismo, tal y como la vivimos, la llamamos "el Partido". Cuando logramos superar juntos un obstáculo o cuando alcanzamos un nivel superior del compartir, nos decimos que "construimos el Partido". Ciertamente, otros, que no conocemos aún, construyen también el Partido, en otro lugar. Este llamamiento está dirigido a ellos. Ninguna experiencia de comunismo en la actualidad puede sobrevivir sin organizarse, sin vincularse a otras, sin ponerse en crisis, sin librar la guerra. "Porque los oasis que la vida dispensa son arrasados cuando buscamos refugio en ellos".

Tal como lo aprehendemos, el proceso de instauración del comunismo sólo puede tomar la forma de un conjunto *de actos de comunización*, de puesta en común de tal o cual espacio, de tal o cual artefacto, de tal o cual saber. Es decir: de la elaboración del modo de compartir que les es propio. La misma insurrección no es más que un acelerador, un momento decisivo de este proceso. Tal como lo entendemos, el Partido no es la organización –donde a fuerza de transparencia todo se vuelve inconsistente– ni el Partido es la familia –donde todo huele a engaño a fuerza de opacidad.

El Partido es un conjunto de lugares, de infraestructuras, de medios puestos en común y los sueños, los cuerpos, los murmullos, los pensamientos, los deseos que circulan entre esos lugares, el *uso* de esos medios, el hecho de *compartir* esas infraestructuras.

La noción de Partido responde a la necesidad de una formalización mínima, que nos vuelva accesibles aún permitiéndonos permanecer invisibles. Corresponde a la exigencia comunista explicarnos a nosotros mismos, formular los prin-

Proposición III

Los que quisieran responder a la urgencia de la situación con la urgencia de su *reacción* no hacen más que alimentar la asfixia.
Su modo de intervenir implica el resto de su política, de su *agitación*.
En cuanto a nosotros, la urgencia de la situación nos libera de toda consideración de legalidad o de legitimidad, de todos modos inhabitables de un tiempo a esta parte.
El hecho de que precisemos de una generación para construir en todo su espesor un movimiento revolucionario victorioso no nos hace retroceder.
Lo afrontamos con serenidad.
Como afrontamos serenamente el carácter *criminal* de nuestra existencia y de nuestros gestos.

dominio de mis usos y no en virtud de un título jurídico. La propiedad legal no contiene más realidad, a fin de cuentas, que la de las fuerzas que la protegen. La cuestión del comunismo pasa, pues, de un lado por la supresión de la policía y, de otro, por la elaboración entre los que viven juntos de modos de compartir, de *usos*. El comunismo, ciertamente, no está dado. Está por pensar, está por *hacer*. Y, sin embargo, todo lo que se pronuncia en su contra obedece en la mayoría de los casos a una expresión de la fatiga. "Pero jamás lo conseguiréis... Eso no puede funcionar... Los hombres son como son... Y además, ya es suficientemente dura la vida como para.... La energía tiene un límite, no se puede hacer todo". Pero la fatiga no es un argumento. Es un estado.

El comunismo parte, por tanto, de la experiencia del compartir. Y en primer lugar de compartir nuestras necesidades. La necesidad no es aquello a lo que nos han acostumbrado los dispositivos capitalistas. *La necesidad no es nunca necesidad de una cosa sin ser al mismo tiempo necesidad de mundo*. Cada una de nuestras necesidades nos liga, más allá de todo pudor, a todo lo que hace que la experimentemos como tal. La necesidad no es más que el nombre de la relación por la cual un ser sensible concreto hace existir tal o cual elemento de su mundo. Por eso los que carecen de mundo –las subjetividades metropolitanas, por ejemplo– solamente experimentan caprichos. Y por eso el capitalismo, que sin embargo satisface como nadie la necesidad de cosas, no propaga universalmente más que la insatisfacción: porque para satisfacer la necesidad de cosas, debe destruir los mundos.

Por comunismo entendemos *una cierta disciplina de la atención*.

ran, persisten en Francia como la marca traumática de esta última purga. Desde entonces, todas las relaciones sociales se han convertido en sufrimiento. Al punto de volver preferible toda anestesia, todo aislamiento. En cierto sentido, es el liberalismo existencial lo que nos empuja al comunismo, por el exceso mismo de su triunfo.

La cuestión comunista apunta a la elaboración de nuestra relación con el mundo, con los seres, con nosotros mismos. Se refiere a la elaboración del juego entre los diferentes mundos, a la *comunicación* entre ellos. No a la unificación del espacio planetario, sino a la *instauración de lo sensible*, es decir de la pluralidad de los mundos. En ese sentido, el comunismo no es la extinción de toda conflictividad, no describe un estado final de la sociedad tras el cual todo habría sido dicho. Porque es por medio del conflicto, también, como los mundos comunican. "En la sociedad burguesa, donde las diferencias entre los hombres sólo son aquellas que no tienen que ver con el hombre mismo, son precisamente las verdaderas diferencias, las diferencias de cualidad, las que se menosprecian. El comunista no quiere construir un alma colectiva. Quiere realizar una sociedad donde las falsas diferencias sean liquidadas. Y liquidando estas falsas diferencias, abrir todas las posibilidades que contienen las diferencias verdaderas." Así hablaba un viejo amigo.

Es evidente, por ejemplo, que SE ha pretendido zanjar la cuestión de lo que me es apropiado, de lo que necesito, de lo que forma parte de mi mundo, exclusivamente a través de la ficción policial de la propiedad legal, de lo que es *mío* y *me pertenece*. Algo me es propio en la medida en que pertenece al

Escolio

Hemos sentido, sentimos aún, la tentación del activismo.

Las contra-cumbres, las campañas contra las expulsiones, contra las legislaciones de excepción, contra la construcción de nuevas cárceles, las ocupaciones, los campamentos No Border; la sucesión de todo eso. La progresiva dispersión de los colectivos como respuesta a la dispersión de la actividad.

Correr tras los movimientos.

Uno tras otro, sólo poder sentir su potencia al precio de retornar cada vez a la misma impotencia de fondo. Pagar cara cada campaña. Dejando que consuma toda nuestra energía disponible. Para después lanzarnos a la siguiente, cada vez más ahogados, más agotados, más desolados.

Y poco a poco, a fuerza de reivindicar, a fuerza de denunciar, tornarnos incapaces incluso de *percibir* lo que se supone que sostiene nuestro compromiso, la naturaleza de la urgencia que nos atraviesa.

El activismo es el primer reflejo. La respuesta *conforme* a la urgencia de la situación presente. La movilización perpetua en nombre de la urgencia, antes que un medio de combatir a

nuestros gobernantes y patronos, es aquello a lo que ellos nos han acostumbrado.

Cada día desaparecen formas de vida, especies vegetales y animales, experiencias humanas, y tantas relaciones posibles entre formas vivas y formas de vida. Pero nuestro sentimiento de la urgencia no está tan ligado a la velocidad de estas desapariciones como a su irreversibilidad; más aún, está ligado a nuestra ineptitud para repoblar el desierto.

El activista se moviliza contra la catástrofe. Pero no hace más que prolongarla. Sus prisas vienen a consumir lo poco de mundo que queda. La respuesta activista a la urgencia reside ella misma en el *interior* del régimen de la urgencia, sin posibilidad de sustraerse a ella o de interrumpirla.

El activista quiere estar en todas partes. Desplazándose al ritmo de los desarreglos de la máquina. Aporta donde sea su inventiva pragmática, la energía festiva de su oposición a la catástrofe. Indiscutiblemente, el activista se *mueve*. Pero nunca se da los medios para pensar cómo hacer. Cómo hacer para obstaculizar realmente el avance del desierto, para establecer, aquí y ahora, mundos habitables.

Nosotros desertamos el activismo. Sin olvidar lo que constituye su fuerza: una cierta presencia en la situación. Una facilidad de movimiento en su seno. Un modo de aprehender la lucha, no por el ángulo moral o ideológico, sino por el ángulo técnico, táctico.

El viejo militantismo da el ejemplo contrario. Es notable la impermeabilidad de los militantes ante las situaciones. Recordamos esta escena, en Génova: medio centenar de militantes de la LCR enarbolan banderas rojas que llevan impreso “100% a la izquierda”. Están inmóviles, como intempora-

Escolio

La época que atravesamos es la de la más extrema separación. La normalidad depresiva de las metrópolis, sus muchedumbres solitarias, expresan la imposible utopía de una sociedad de átomos.

La más extrema separación nos enseña el sentido del término “comunismo”.

El comunismo no es un sistema político o económico. El comunismo puede arreglárselas la mar de bien sin Marx. El comunismo se ríe de la URSS. Y se hace difícil de creer que SE pueda fingir, cada diez años y desde hace medio siglo, el descubrimiento de los crímenes de Stalin al grito de “¡Mirad lo que es el comunismo!” si no SE presintiese que todo nos empuja hacia él.

El único argumento del que pueda decirse que ha aguantado el envite del comunismo es que no era *necesario*. Y ciertamente, por limitados que fuesen, subsistían aún hasta fechas recientes, aquí y allí, cosas, lenguajes, pensamientos, lugares comunes; suficientes en todo caso para no enfermar. Había mundos y estaban poblados. El rechazo de pensar y plantearse la *cuestión del comunismo* tenía sus argumentos, argumentos *prácticos*. Han sido barridos. Los años 80, *el modo en que perdu-*

les. Vociferan sus meditados eslóganes, protegidos por un servicio de orden. Mientras tanto, a unos metros de allí, algunos de nosotros hacemos frente a las líneas de carabineros, devolviendo los gases lacrimógenos, levantando baldosas de las aceras para convertirlas en proyectiles, preparando cócteles molotov con botellas recuperadas de la basura y gasolina de motos volcadas. A esto los militantes lo llaman aventurerismo, inconsciencia. Pretextan que las condiciones no están dadas. Nosotros, en cambio, decimos que nada faltaba, que todo estaba allí, salvo ellos.

Lo que desertamos del militantismo es esta ausencia a la situación. Como desertamos la inconsistencia a la que nos condena el activismo.

Los propios activistas experimentan esta inconsistencia. Y es por eso por lo que periódicamente se vuelven hacia sus mayores, los militantes. Para tomarles prestadas maneras, terrenos, eslóganes. Lo que les atrae del militantismo es la constancia, la estructura, la fidelidad de la que ellos carecen. Así, los activistas vuelven nuevamente a protestar, a reivindicar: "papeles para todos", "libre circulación de las personas", "renta básica" o "transportes gratuitos".

El problema con las reivindicaciones es que, al expresar necesidades en términos que sean inteligibles para los poderes, terminan por no decir *nada* sobre ellas, qué transformaciones reales del mundo implican. Así, reivindicar la gratuidad de los transportes nada dice sobre nuestra necesidad de viajar y no solamente de desplazarnos, de nuestra necesidad de lentitud.

Por lo demás, a menudo las reivindicaciones, pretendiendo mostrar las claves de los conflictos reales, no hacen sino

enmascararlos. Reclamar los transportes gratuitos no hace, *en ciertos ambientes*, más que aplazar la difusión de las técnicas de fraude. Apelando a la libre circulación de las personas sólo se elude la cuestión de cómo escapar, en la práctica, al fortalecimiento del control. Batirse por la renta básica es, en el mejor de los casos, condenarse a la ilusión de que una mejora del capitalismo es necesaria para poder dejarlo atrás.

Sea como fuere el impasse es siempre el mismo: los recursos subjetivos movilizados, aún revolucionarios, permanecen insertos en lo que se presenta como un programa de reforma radical. Bajo pretexto de superar la alternativa entre reforma y revolución, nos instalamos en una ambigüedad oportunista.

La catástrofe presente es la de un mundo convertido activamente en inhabitable. Una especie de estrago metódico sobre todo lo que quedaba de vivible en la relación entre los humanos y sus mundos. El capitalismo no habría podido triunfar a escala planetaria sin técnicas de poder, técnicas propiamente políticas (técnicas hay de muchos tipos, con o sin artefactos, corporales o discursivas, eróticas o culinarias, hasta las disciplinas y los dispositivos de control lo son; y frente a eso no sirve de mucho denunciar el "reino de la técnica"). Las técnicas políticas del capitalismo consisten, sobre todo, en destruir los lazos mediante los que un grupo encuentra los medios de producir, en un mismo movimiento, tanto las condiciones de su subsistencia como las de su existencia. Es decir, separar las comunidades humanas de la infinidad de cosas, piedras y metales, plantas, árboles de mil usos, dioses, djins, animales salvajes o domésticos, medicinas y sustancias psicoactivas, amuletos, máquinas y todo el resto de seres en compañía de los cuales los grupos humanos constituyen mundos.

Proposición VI

Por un lado, queremos vivir el comunismo;
Por el otro, queremos propagar la anarquía.

tros dirigentes, y también considerando el pathos lacrimógeno con que se ha conseguido rodear la muerte del más insignificante de los ciudadanos, atacar los dispositivos materiales más que a los hombres que les confieren un rostro. Por cuidado estratégico. Por lo demás, son las formas operativas propias de todas las guerrillas a las que debemos prestar atención: sabotajes anónimos, acciones no reivindicadas, el recurso a técnicas fácilmente apropiables, contraataques a objetivos concretos.

No hay cuestión *moral* en el modo como nos procuramos nuestros medios de vivir y de luchar, sino una cuestión *táctica* sobre los medios que nos damos y el *uso* que hacemos de ellos.

"La manifestación del capitalismo en nuestras vidas es la tristeza", decía una amiga.

Se trata de establecer las condiciones materiales de una disponibilidad compartida al goce.

Destruir toda comunidad, separar a los grupos de sus medios de existencia y de los saberes que conllevan: esa es la razón política que gobierna la incursión de la mediación mercantil en todas las relaciones. Del mismo modo que fue necesario eliminar a las brujas, eliminando sus saberes medicinales y aquellos otros ligados a los pasajes entre los reinos que ellas hacían existir, es necesario hoy que los campesinos renuncien a plantar sus propias semillas, a fin de asegurar el dominio de las multinacionales agroalimentarias y otros organismos de gestión de las políticas agrícolas.

Las metrópolis contemporáneas son los puntos de concentración máxima de estas técnicas políticas del capitalismo. Las metrópolis son ese medio donde no hay ya casi nada que uno pueda reapropiarse. Un medio en el que todo está hecho para que lo humano se relacione solamente consigo mismo, se produzca separado de las otras formas de existencia, coincida con ellas o las utilice pero sin *encontrarse* nunca con ellas.

Sobre la base de esta separación, y para prolongarla, se ha trabajado mucho para criminalizar cualquier tentativa de prescindir de las relaciones mercantiles.

El terreno de la legalidad se confunde desde hace demasiado tiempo con el de los múltiples apremios a hacernos la vida imposible, mediante el trabajo asalariado o la auto-empresa, el voluntariado o el militantismo.

Al mismo tiempo que este terreno se vuelve cada vez más inhabitable, todo aquello que puede contribuir a hacer la vida posible se torna criminal.

Allí donde los activistas claman "ningún ser humano es ilegal", hay que reconocer que se trata exactamente de lo con-

trario: hoy una existencia enteramente legal sería una existencia enteramente sometida.

Están los fraudes al fisco y los empleos ficticios, los delitos de información privilegiada y las falsas quiebras; están los fraudes a la Renta Mínima de Inserción y las nóminas falsas, los engaños a la ayuda para la vivienda, la malversación de subvenciones, las comidas que no se pagan y saltarse las multas. Están los viajes en la bodega de un avión para franquear una frontera y los viajes sin billete en trayectos urbanos o el interior de un país. Colarse en el metro, mangar en el supermercado son las prácticas cotidianas de miles de personas en las metrópolis. Como hay prácticas ilegales de intercambio de semillas que han permitido salvaguardar muchas especies de plantas. Hay ilegalismos más funcionales que otros en el sistema-mundo capitalista. Los hay que son tolerados, otros que son fomentados y finalmente aquellos que son castigados. Un huerto improvisado en un descampado tiene todas las papeletas para terminar arrasado por un bulldozer antes de la primera cosecha.

Si se considera el conjunto de las leyes de excepción y las reglamentaciones corrientes que regulan cada uno de los espacios por los que cualquiera transita en un día, no queda ya ni una sola existencia que pueda presumir de impunidad. Las leyes, los códigos, la jurisprudencia existentes convierten cualquier existencia en algo punible; bastaría con que se aplicasen a rajatabla.

No somos de los que creen que allí donde crece el desierto crece también su antídoto. Nada puede suceder que no comience con una secesión en relación a todo lo que hace crecer *ese* desierto.

cualquier perspectiva política, la experimentación de la *Bauhaus*, con todo lo que contuvo de materialidad y de rigor, evocaría la idea que nos hacemos de espacios-tiempos dispuestos para la transmisión de saberes y de experiencias. Los *Black Panthers* también se dotaron de tales lugares, a los que añadieron su capacidad político-militar, las diez mil comidas gratuitas que distribuían diariamente, su prensa autónoma. Muy pronto se convirtieron en una amenaza tan evidente para el poder que este tuvo que enviar a los servicios especiales para masacrarlos.

Quien se constituya de este modo en fuerza sabe que se convierte en un partido en el desarrollo mundial de las hostilidades. La cuestión del recurso o de la renuncia a "la violencia" no es de las que un partido así se plantea. Y el propio pacifismo nos parece, en cualquier caso, un arma suplementaria al servicio del imperio, junto a los contingentes de CRS[5] y de periodistas. Las consideraciones que deben ocuparnos en las condiciones del conflicto asimétrico que se nos impone, atañen a los modos de aparición y desaparición adecuados a cada una de nuestras prácticas. La manifestación, la acción a cara descubierta, la protesta indignada, son formas de lucha no solamente inadecuadas al régimen actual de dominación, sino contraproducentes, puesto que lo refuerzan alimentando, con informaciones continuamente actualizadas, sus sistemas de control. Parecería de buen juicio, vista la inconsistencia de las subjetividades contemporáneas, incluso la de nues-

5. CRS.- Compagnies Républicaines de Sécurite. Cuerpo de la policía nacional. (N. del T.)

Muchos que parten se pierden.
Y no llegan jamás.

Nuestra estrategia es pues la siguiente: establecer aquí y ahora un conjunto de focos de deserción, de polos de secesión, de puntos de reunión. Para los que se fugan. Para los que parten. Un conjunto de lugares donde sustraerse al imperio de una civilización que camina hacia el precipicio.

Se trata de darse los medios, encontrar la escala en la que puedan resolverse una serie de cuestiones que, planteadas individualmente, nos sumen en la depresión. ¿Cómo deshacerse de las dependencias que nos debilitan? ¿Cómo organizarse para dejar de trabajar? ¿Cómo establecerse fuera de la toxicidad de las metrópolis sin, por otro lado, "irse al campo"? ¿Cómo detener las centrales nucleares? ¿Cómo hacer para no verse *forzado* a recurrir al triturador psiquiátrico cuando un amigo se vuelve loco, ni a los medicamentos burdos de la medicina mecanicista cuando se pone enfermo? ¿Cómo vivir juntos sin aplastarse mutuamente? ¿Cómo acoger la muerte de un camarada? ¿Cómo arruinar al imperio?

Conocemos nuestra debilidad: hemos nacido y hemos crecido en sociedades pacificadas, en estado de disolución. No hemos tenido ocasión de adquirir la consistencia que dan los momentos de intensa confrontación colectiva. Ni los saberes a ellos asociados. Tenemos una educación política que madurar conjuntamente. Una educación teórica y práctica.

Para eso necesitamos lugares. Lugares donde organizarnos, donde compartir y desarrollar las técnicas requeridas. Donde ejercitarnos en el manejo de todo lo que pueda revelarse necesario. Donde cooperar. Si no hubiese renunciado a

Sabemos que construir una potencia de cierta amplitud llevará tiempo. Hay muchas cosas que ya no sabemos hacer. A decir verdad, como todos los beneficiarios de la modernización y de la educación dispensada en nuestras regiones desarrolladas, ya no sabemos hacer casi nada. Incluso recoger plantas para darles un uso, ya no decorativo, sino culinario o médico, pasa hoy por arcaico cuando no, y esto es peor aún, por algo simpático.

Pero hacemos una constatación simple: cualquiera dispone de una cierta cantidad de riquezas y de saberes que el simple hecho de habitar estas regiones del viejo mundo vuelve accesibles y pueden ponerse en común.

La cuestión no es vivir con o sin dinero, robar o comprar, trabajar o no, sino utilizar el dinero que tenemos para acrecentar nuestra autonomía en relación a la esfera mercantil.

Y si preferimos robar a trabajar y autoproducir a robar, no es por problemas de pureza. Es porque los flujos de poder que acompañan a los flujos de mercancías, y el sometimiento subjetivo que condiciona el acceso a la supervivencia, son hoy exorbitantes.

Habría muchos modos inapropiados de decir lo que pretendemos: ni queremos irnos al campo ni reapropiarnos de los antiguos saberes y acumularlos. Nuestra tarea no pasa simplemente por una reapropiación de medios. Tampoco por una reapropiación de saberes. Si juntásemos todos los saberes y todas las técnicas, toda la creatividad desplegada en el campo del activismo, no obtendríamos un movimiento revolucionario. Es una cuestión de temporalidad. Una cuestión de construir las condiciones para que una ofensiva pueda alimentarse sin extinguirse, estableciendo las solidaridades materiales que le permitan *sostenerse*.

Creemos que no hay revolución sin constitución de una potencia material común. No ignoramos el anacronismo de esta creencia.

Sabemos que es demasiado pronto y, a la vez, demasiado tarde, y es por eso que tenemos tiempo.

Hemos dejado de esperar.

Y el punto culminante se alcanzó cuando los sindicalistas denunciaron el recurso a la violencia clamando a quien quisiera oírlos que colaborarían con la policía para controlar a los que rompiesen lunas de comercios o bancos.

El endurecimiento policial de los Estados en los últimos años solamente prueba que las sociedades occidentales han perdido toda fuerza de agregación; no hacen más que gestionar su ineluctable descomposición. Es decir, esencialmente, impedir toda *re*agregación, pulverizar todo lo que emerge.

Todo lo que deserte.

Todo lo que rompa con lo establecido.

Pero poco importa. El estado de ruina interior de estas sociedades muestra un número creciente de grietas. El continuo reestablecimiento de las apariencias nada puede hacer al respecto: más allá se forman mundos. En okupaciones, comunas, grupúsculos, barrios que intentan escapar a la desolación capitalista. La mayoría de las veces estas tentativas abortan o mueren de autarquía, incapaces de establecer los contactos, las solidaridades apropiadas. Incapaces también de percibirse como parte activa en la guerra civil mundial.

Pero todas estas reagregaciones no son apenas nada comparadas con el deseo *masivo*, el deseo siempre pospuesto, *de dejarlo todo*. De partir.

En diez años, entre dos censos, cien mil personas han *desaparecido* en Gran Bretaña. Han cogido un camión, un billete, han tomado ácidos o se han ido al monte. Se han desafiliado. Han partido.

Nosotros habríamos deseado, en nuestra desafiliación, tener un lugar al que llegar, un partido que tomar, una dirección que seguir.

modo de superar la supervivencia individual, se desarrollaron a sabiendas de su carácter ilegal, de su antagonismo.

Fue en Estados Unidos donde la similitud entre formas de organización obrera y criminalidad organizada se hizo más tangible. La potencia de los proletarios americanos al inicio de la era industrial obedeció tanto al desarrollo, en el seno de la comunidad de los trabajadores, de una fuerza de destrucción y de represalia contra el Capital, como a la existencia de solidaridades clandestinas. La reversibilidad constante del trabajador en malhechor trajo como respuesta un control sistemático y la "moralización" de toda forma de organización autónoma. Se criminalizó como *gang* todo lo que excedía al ideal del honesto trabajador. Hasta quedar la mafia de un lado y los sindicatos del otro, ambos producto de una recíproca amputación.

En Europa, la integración de las formas de organización obrera en el aparato de gestión estatal –fundamento de la socialdemocracia– se pagó con la renuncia a asumir la más mínima capacidad de ataque. Pero también aquí la emergencia del movimiento obrero fue producto de solidaridades materiales, de una urgente necesidad de comunismo. Las "casas del pueblo" fueron los últimos refugios de esta similitud entre necesidades de *comunización* inmediata y necesidades estratégicas ligadas a la puesta en marcha del proceso revolucionario. El "movimiento obrero" se desarrolló desde entonces como progresiva separación entre la corriente cooperativista –nicho económico segado de su razón estratégica de ser– y las formas políticas y sindicales proyectadas sobre el terreno del parlamentarismo, de la cogestión. Del abandono de todo objetivo secesionista nació un absurdo: la izquierda.

Proposición IV

Situamos el punto de no retorno, la salida del desierto,
el fin del Capital, en la intensidad del lazo que cada
uno logre establecer entre lo que vive y lo que piensa.
Contra los defensores del liberalismo existencial,
rechazamos ver en esto un asunto privado,
un problema individual, una cuestión de *carácter*.
Al contrario, nosotros partimos de la certeza de que
este lazo depende de la construcción de mundos
compartidos, de la puesta en común de medios
efectivos.

podía ser de otro modo, lo que supuestamente debía ser un contra-mundo se vio reducido finalmente a un simple reflejo del mundo dominante: los mismos juegos de valorización personal en el terreno de las reapropiaciones, de la pelea, de la corrección política o de la radicalidad. El mismo sórdido liberalismo en la vida afectiva, el mismo afán de territorio, de dominio, la misma escisión entre vida cotidiana y actividad política, las mismas paranoias identitarias. Y para los más afortunados, el lujo de poder escapar periódicamente de su miseria local llevándola consigo allí donde todavía puede resultar novedosa.

No achacamos estas debilidades a la forma-okupación. Ni renegamos ni desertamos de ella. Decimos que okupar no volverá a tener un sentido para nosotros más que bajo la condición de entenderse a partir de este compartir al que nos hemos comprometido. En las okupaciones, como en todas partes, la confección colectiva de una estrategia es la única alternativa frente al repliegue en una identidad, a la integración o al gueto.

En materia de estrategia, recordamos todas las lecciones de la “tradición de los vencidos”.

Nos acordamos de los inicios del movimiento obrero.

Nos son cercanos.

Porque lo que se puso en marcha en aquella fase inicial se relaciona *directamente* con lo que vivimos, con lo que hoy queremos poner en marcha.

La constitución en *fuerza* de lo que habría de llamarse “movimiento obrero” se apoyó en su inicio en la puesta en común de prácticas criminales. Las cajas de solidaridad en caso de huelga, los sabotajes, las sociedades secretas, la violencia de clase, las primeras formas de apoyo mutuo como

El aislamiento, en las "sociedades tradicionales", es la pena más dura a la que pueda condenarse a un miembro de la comunidad. Hoy en día es la condición común. El resto del desastre se deduce de aquí lógicamente. Es en virtud de la idea limitada que cada uno se hace de su "hogar" que parece natural dejar el espacio de la calle en manos de la policía. No SE habría podido convertir el mundo en un lugar tan inhabitable bajo la pretensión de controlar toda sociabilidad –de los mercados a los bares, de las empresas a las trastiendas– si no SE hubiese acordado antes a cada cual el espacio privado como refugio.

En nuestra fuga de las condiciones de existencia que nos mutilan, hemos encontrado las okupaciones o, mejor dicho, la *escena* okupa internacional. En esta constelación de lugares okupados donde se experimentan, se diga lo que se diga, formas de agregación colectiva fuera de control, conocimos, en un primer momento, un aumento de potencia. Nos organizamos para la supervivencia elemental –reapropiación, trabajos colectivos, comidas compartidas, puesta en común de técnicas, de materiales, de inclinaciones amorosas– y encontramos formas de expresión política –conciertos, manifestaciones, acción directa, sabotaje, octavillas.

Luego, poco a poco, vimos cómo lo que nos rodeaba se transformaba en *ambiente* y de ambiente en *escena*. Vimos el dictado de una moral sustituir a la elaboración de una estrategia. Vimos cómo se solidificaban normas, se construían reputaciones, lo que fueron hallazgos se ponían a *funcionar* y todo se convertía en algo *previsible*. La aventura colectiva mutó en triste cohabitación. Una tolerancia hostil se apoderó de todas las relaciones. *Hicimos una componenda*. Y como no

Escolio

Todos nos vemos cotidianamente emplazados a admitir hasta qué punto la cuestión de la "relación entre la vida y el pensamiento" es ingenua, está superada, atestigua en el fondo una pura y simple ausencia de cultura. Nosotros vemos ahí un síntoma. Puesto que esta evidencia no es más que un efecto de la redefinición liberal, tan fundamentalmente moderna, de la distinción entre lo público y lo privado. El liberalismo proclamó que todo debía ser tolerado, que todo podía ser pensado, *en la medida en que* no tuviese consecuencias directas en la estructura de la sociedad, de sus instituciones y del poder de Estado. Cualquier idea es admisible, su enunciación debe incluso favorecerse, *desde el momento en que* las reglas del juego social y estatal son aceptadas. Dicho de otro modo, la libertad de pensamiento del individuo privado debe ser total, su libertad de expresarse debe serlo en principio también, pero este no debe *desear las consecuencias* de su pensamiento en lo que concierne a la vida colectiva.

El liberalismo quizás haya inventado el individuo, pero lo inventó ya mutilado. El individuo liberal, cuya mejor expresión en la actualidad se encuentra en los movimientos pacifis-

tas y ciudadanos, es ese ser conminado a preservar su libertad en la exacta medida en que esta libertad no comprometa a nada y no pretenda sobre todo imponerse a los demás. El precepto estúpido "mi libertad termina allí donde empieza la de los demás" es recibido hoy como una verdad insoslayable. Incluso John Stuart Mill, uno de los baluartes esenciales de la conquista liberal reconoció, a propósito de esta máxima, una de sus molestas consecuencias: está permitido desearlo todo, con la condición de que lo deseado *no se desee demasiado intensamente*, que no se desborden los límites de lo privado o, en todo caso, los de la "libre expresión" pública.

Lo que nosotros llamamos liberalismo existencial es la adhesión a una serie de evidencias en el corazón de las cuales aparece una esencial disponibilidad del sujeto a la *traición*. Nos han acostumbrado a funcionar en esta especie de sub-régimen que nos exculparía de antemano de la idea misma de traición. Este sub-régimen emocional es la prenda que hemos aceptado como garantía de nuestro devenir-adulto. Con el espejismo de una autarquía afectiva como ideal insuperable, para los más recelosos. Y, sin embargo, es demasiado lo que hay que traicionar para aquellos que decidan preservar un lazo con las promesas que, *desde* la infancia, continúen acompañándolos.

Entre las evidencias liberales, está la de comportarse, incluso en relación con las propias experiencias, como un propietario. Por eso, no ejercer como individuo liberal significa, en primer lugar, desatender las propiedades de uno. Aunque quizás haya que dar otro sentido a "propiedades": ya no aquello que me pertenece en propiedad, sino lo que me *ata*

Escolio

Se nos ha vendido esta mentira: lo que tendríamos de más propio es lo que nos *distinguiría* de lo común.

Nosotros hacemos la experiencia inversa: toda singularidad se experimenta en el *modo* y la *intensidad* con la que un ser hace existir algo común.

En el fondo, es de ahí desde donde partimos, donde nos encontramos.

Lo más singular en nosotros apela a un compartir.

Ahora bien, constatamos la siguiente evidencia: lo que tenemos para compartir no solamente no es compatible con el orden dominante, sino que este persigue encarnizadamente toda forma del compartir de la que no dicte las reglas. En las metrópolis, por ejemplo, el cuartel, el hospital, la cárcel, el asilo y el geriátrico son las únicas formas admitidas de habitación colectiva. El estado *normal* es el aislamiento de cada cual en su habitáculo privado. Es allí donde se vuelve invariablemente, por más conmovedores o repulsivos que sean los encuentros que se experimenten en cualquier otra parte.

Nosotros hemos conocido estas condiciones de existencia y jamás volveremos a ellas. Nos debilitan demasiado. Nos vuelven demasiado vulnerables. Nos marchitan.

al mundo y que en razón de eso no me está reservado; nada tiene que ver con una propiedad *privada* ni con lo que supuestamente define una identidad (el "Yo soy así" y su confirmación: "¡Es muy propio de ti!"). Si bien rechazamos la idea de propiedad individual, nada tenemos contra los vínculos. La exigencia de la apropiación o de la reapropiación se reduce para nosotros a la cuestión de saber lo que nos es *apropiado*, es decir adecuado, en términos de uso, en términos de necesidad, en términos de relación con un lugar, con un momento de mundo.

El liberalismo existencial es la ética espontánea adecuada a la socialdemocracia considerada como ideal político. No seréis nunca mejores ciudadanos que cuando seáis capaces de renegar de una relación o de un combate para conservar vuestro puesto. Esto no ocurrirá siempre sin sufrimiento, pero es precisamente ahí donde el liberalismo existencial se muestra eficaz: prevé incluso los remedios adecuados a los males que genera. El cheque a Amnistía Internacional, el café de comercio justo, la manifestación contra la última guerra o Daniel Mermet[3], son no-actos disfrazados de gestos de salvación. Haced como de costumbre, es decir: pasear por los sitios habituales, hacer las compras, las mismas de siempre pero con un añadido, con un *suplemento*, *regalándoos* buena conciencia; comprar *no logo*, boicotear a Total Fina Elf, debería persuadiros de que la acción política, en el fondo, no exige gran

3. Periodista, escritor y productor de programas de radio francés. Conocido en la escena anti-globalización francesa por su programa de radio: "*Là-bas si j'y suis*". (N. del T.)

cosa y que también vosotros sois capaces de "comprometeros". Nada nuevo en este comercio de indulgencias, pero la dificultad se presenta cuando de lo que se trata es de cortar con la confusión reinante. La cultura invocatoria del otro-mundo-es-posible, el pensamiento de Max Havelaar[4], dejan poco margen para hablar de ética sin que remita a etiqueta. La multiplicación de asociaciones ecologistas, humanitarias, "de solidaridad", viene oportunamente a canalizar el malestar generalizado y contribuye así a perpetuar el estado de cosas existente, por la valorización personal, el reconocimiento y su lote de subvenciones "honestamente" recibidas, por el culto, en suma, a la utilidad social.

Sobre todo nada de enemigos, a lo sumo problemas, abusos o catástrofes, peligros todos ellos de los que solamente los dispositivos del poder puedan protegernos.

La obsesión de los fundadores del liberalismo fue la eliminación de las sectas, porque en ellas se reunían todos los elementos subjetivos que debían ponerse al margen como condición de existencia del Estado moderno. Para un sectario, la vida, antes que nada, es exactamente lo que puede volverse adecuado a lo que un pensamiento, reconocido como verdadero, está en condiciones de exigir –a saber, una cierta *disposición* con respecto a cosas y acontecimientos del mundo, un modo de no perder de vista lo que importa. Hay una concomitancia entre la aparición de "la sociedad" (y de su correlato: "la economía") y la redefinición liberal de lo público y lo

4. Asociación fundada en 1992. Otorga una etiqueta a los productos que responden a las normas internacionales del comercio justo. (N. del T.)

Proposición V

A toda preocupación moral, a todo anhelo de pureza,
oponemos la elaboración colectiva de una *estrategia*.
Nada es malo salvo lo que perjudica el desarrollo
de nuestra potencia.
Pertenece a esta resolución dejar de distinguir entre
economía y política.
La perspectiva de formar bandas no nos espanta; la
de ser tomados por una mafia más bien nos divierte.

Esta negación permite bloquear la circulación afectiva por la que estos múltiples lazos son experimentados. A su vez, este bloqueo es necesario para que el hábito se supedite al régimen de intensidad más neutro, más apagado, más mediocre, el que puede hacer desear como algo apetecible –es decir, como algo lo suficientemente neutro, mediocre y apagado, aunque libremente decidido– las vacaciones, la hora de la cena o las veladas tranquilas. De este régimen de intensidad, ciertamente muy *occidentado*, se nutre el orden imperial.

Se nos dirá: haciendo la apología de las intensidades emocionales experimentadas en común, vais contra aquello que los seres vivientes reclaman para vivir, a saber, la dulzura y la calma –que por lo demás se encuentran hoy, como todo bien escaso, a precios prohibitivos. Si se quiere decir con esto que nuestro punto de vista es incompatible con los placeres autorizados, incluso los fanáticos de los deportes de invierno, por poner un ejemplo, reconocerán sin muchos esfuerzos que no supondría una gran pérdida que ardiesen todas las estaciones de esquí para devolver el espacio a las marmotas. Por lo demás, no tenemos nada contra la dulzura que todo lo vivo en tanto que vivo lleva consigo. "Bien podría ser que vivir fuese algo dulce", cualquier brizna de hierba lo sabe mejor que todos los ciudadanos del mundo.

privado. La colectividad sectaria es, en sí misma, una amenaza para lo que designa el pleonasmo "sociedad liberal". En la medida en que es una forma de organización de la secesión. Aquí residía la pesadilla de los fundadores del Estado moderno: un pedazo de colectividad se desprende del todo, arruinando así la idea de una unidad social. Son dos cosas que la "sociedad" no puede soportar: que un pensamiento pueda ser *incorporado*, es decir que pueda encarnarse en una existencia en términos de conducta de vida o de modo de vida; y que esta incorporación pueda ser no solamente transmitida, sino compartida, *puesta en común*. Esto es todo lo que hace falta para que SE haya convertido en habitual calificar como "secta" cualquier experiencia colectiva fuera de control.

Por todas partes se ha filtrado la evidencia del mundo de la mercancía. Esta evidencia es el instrumento más operativo para desconectar los *objetivos* de los *medios*, para secretar así la "vida cotidiana" como un espacio de existencia que nos compete sólo *gestionar*. La vida cotidiana es aquello a lo que supuestamente siempre queremos volver, como la aceptación de una necesaria y universal neutralización. Es la parte cada vez mayor de renuncia a la posibilidad de un goce no diferido. Como dice un amigo: es la medida de todos nuestros crímenes posibles.

Raras son las colectividades que pueden escapar al abismo que les espera, a saber: su aplastamiento sobre la extrema planicie de lo real, la comunidad como el colmo de la intensidad media o el retorno a los lentos desmoronamientos personales, torpemente rellenados con banales apelaciones a la discreción.

La neutralización es una característica esencial de la sociedad liberal. Los nichos de neutralización, donde se requiere

que ninguna emoción se desborde, donde a cada cual se le exige *contención*, todo el mundo los conoce y, sobre todo, todo el mundo los vive como tales: empresas (pero, ¿qué es lo que hoy en día no es "empresa"?), discotecas, lugares de actividades deportivas, centros culturales, etc. La verdadera cuestión es por qué, sabiendo cada uno a lo que atenerse en cuanto a esos lugares, ¿por qué están, a pesar de todo, tan concurridos? ¿Por qué elegir, siempre y en primer lugar, "que no pase nada" o que, en cualquier caso, no suceda nada susceptible de provocar estremecimientos demasiado profundos? ¿Por costumbre? ¿Por desesperación? ¿Por cinismo? O tal vez porque así uno puede experimentar la delicia de estar en un sitio sin estar, de estar allí estando *esencialmente* en otra parte; porque así aquello que somos *en el fondo* se preservaría hasta el punto de no tener que existir.

Estas cuestiones "éticas" son las primeras que deben plantearse y sobre todo son las que nosotros hallamos en el corazón mismo de la política: ¿cómo responder a la neutralización afectiva, a la neutralización de los efectos potenciales de pensamientos decisivos? Y también, ¿cómo las sociedades modernas juegan con estas neutralizaciones o, más bien, las *hacen jugar* como un engranaje esencial de su funcionamiento? ¿Cómo nuestras disposiciones a la atenuación actualizan en nosotros y hasta en nuestras experiencias colectivas la efectividad material del imperio?

La aceptación de estas neutralizaciones puede ir sin duda a la par con grandes intensidades de creación. Podéis experimentar hasta la locura, a condición de ser una individualidad creadora y de producir en público la prueba de esta singularidad (las "obras"). Podéis incluso saber lo que significa el

estremecimiento, pero a condición de experimentarlo solos y, a lo sumo, de transmitirlo *indirectamente*. Seréis entonces reconocidos como artistas o pensadores y, por poco que estéis "comprometidos", podréis lanzar al mar todas las botellas que queráis, con la buena conciencia de quien ve más lejos y puede prevenir a los demás.

Hemos hecho, como otros muchos, la experiencia de que los afectos bloqueados en una "interioridad" acaban mal: pueden incluso convertirse en *síntomas*. Las rigideces que observamos en nosotros mismos vienen de los tabiques que cada uno ha creído deber levantar para marcar los límites de su persona y contener en ella lo que no debe desbordarse. Cuando, por una razón u otra, estos tabiques se fisuran y quiebran, sucede algo que puede ser horrible, que quizás tenga que ver esencialmente con el espanto, pero un espanto capaz de librarnos del miedo. Todo cuestionamiento de los límites individuales, de las fronteras trazadas por la civilización, puede revelarse salvadora. Una cierta puesta en riesgo de los cuerpos acompaña a la existencia de toda comunidad material: cuando los afectos y los pensamientos dejan de ser asignables a uno u otro, cuando algo así como una circulación se ha reestablecido, en la que transitan, indiferentes a los individuos, afectos, ideas, impresiones y emociones. Basta con entender que la comunidad como tal no es *la solución*; es su desaparición, en todas partes y todo el tiempo, en donde radica *el problema*.

Nosotros no percibimos a los humanos aislados los unos de los otros ni del resto de seres de este mundo; los vemos ligados por múltiples vínculos, que han aprendido a negar.